

Obispo de la Diócesis

HOMILÍAS

«SED SANTOS»

*Misa de Acción de Gracias por la Canonización de
Mons. Escrivá de Balaguer
Catedral de Málaga, 25 Noviembre 2002*

1 Saludo e introducción.

Queridos miembros del Consejo Episcopal de la Diócesis, Cabildo Catedral, querido Vicario de la Prelatura del Opus Dei, sacerdotes y seglares:

«Laudate Dominum, omnes gentes», ha sido la antífona del salmo responsorial. Alabemos al Señor la Iglesia entera, alabemos al Señor los que esta noche nos hemos reunido, como expresión de la universalidad y de la diocesaneidad, en la Santa Iglesia Catedral para celebrar la Eucaristía.

Alabemos al Señor por Jesucristo, cuya Pascua hacemos presente sacramentalmente. Qué alegría sabemos unidos por la misma fe, esperanza y caridad para adorar al Dios que nos ama y que nos salva. A El siempre la gloria por los siglos de los siglos.

Mas esta celebración alaba y da gracias a Dios en la memoria especial que venera a un nuevo santo: San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Dios hace maravillas en sus elegidos. Por eso la virtud fundamental de todos ellos es la humildad, que Santa Teresa definió como «caminar en verdad».

Un día San Josemaría, en años muy difíciles para nuestra nación, manifestó que se veía a sí mismo **como un pobre pajarillo**, como aquel **gorrión solitario en el tejado** del que habla el salmista.

Humildad que la expresa también cuando dijo: **«algunos decían que era un santo, y no es verdad porque soy un pecador. Otros que era un diablo, y tampoco tenían razón, porque soy un hijo de Dios».**

Humildad que ha pedido el Prelado actual del Opus Dei, para todos los miembros.

Queridos hermanos, **ADOREMOS A DIOS EN SUS SANTOS Y EN SUS SANTAS. ADOREMOS A DIOS EN SAN JOSEMARIA.**

Y, a partir de la Palabra de Dios, recordemos algunas de las características que han señalado la vida y la obra del santo.

2 «El Señor tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén para que lo cultivara».

Han sido las últimas palabras de la primera lectura, que corresponde al texto del Génesis.

Toda la profundidad del P. Escrivá sobre el valor de las realidades temporales, tienen su fuente en la descripción del primer libro del Pentateuco.

Todos estamos llamados a la santidad en medio del mundo. En medio de la vida familiar, de trabajo, de la convivencia social, al que el Señor ha llamado a cada uno.

Es una de las peculiaridades que Mons. Escrivá ayudó a redescubrir en la Iglesia y que es un signo fuerte al que tienden los miembros de la Obra.

Mas esta vía de santidad debe vivirse con especial sensibilidad hacia los pobres, ante las injusticias que hemos creado o que mantenemos entre todos. Este convencimiento le hizo escribir: **«Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana, no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano».**

La misión que Dios ha encomendado al hombre no es una doble vía. Es encontrar a Dios en las realidades visibles, complejas en la que cada uno se siente inmerso. Con alma contemplativa horadamos la realidad cotidiana y descubrimos a Dios, presente allí donde hay un hijo suyo. Encarnado en el dolor de los que sufren y fortaleciendo la presencia y la actividad de los que son llamados a traducir el Mandamiento Nuevo.

Impresionan estas palabras del nuevo santo: **«Los bienes de la tierra repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría. Vidas humanas que son santas, tratadas como simples cosas, como números de unas estadísticas... Cristo continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor».**

Y siempre cercanos a las gentes. No quiere cristianos recluidos sobre sí mismos o a la defensiva. Sino cristianos que se sientan enviados a anunciar el Reino de Dios. Cristianos muy cerca de donde están los hombres y las mujeres de su tiempo. Con santa osadía.

Así lo manifestó: **«Hemos de estar siempre de cara a la muchedumbre, porque no hay criatura humana que no amemos, que no tratemos de ayudar y de comprender».**

3 «Los que son guiados por el espíritu estos son hijos de Dios».

Verdad tan antigua y tan nueva. La principal dignidad de la persona humana es que somos hijos de Dios. Cuántas veces lo predicó y escribió el fundador del Opus Dei.

Y cómo lo deberíamos meditar hoy y siempre. Soy hijo de Dios que peregrino a impulso del Espíritu.

Cuando tantos intereses nos convocan y nos hacen determinarnos por soluciones no evangélicas, San Pablo nos ha recordado que recibimos el Espíritu por el que podemos clamar: «Abba, Padre».

Y porque somos hijos de Dios, llamados a la santidad. El Cardenal Ratzinger ha escrito a propósito de la canonización: **«Ser santo no comporta ser superior a los demás; por el contrario, el santo puede ser muy débil y contar con muchos errores en su vida. La santidad es el contacto profundo con Dios; es hacerse amigo de Dios, dejar obrar a Dios, el Único que puede hacer realmente que este mundo sea bueno y feliz».**

Son parecidas palabras a las pronunciadas por San Josemaría: **«Estando siempre en el mundo y allí, a través de todo: santos.»**

Una santidad que tiene un modelo en la vida del Señor. Quienes conocen la trayectoria del santo descubre que desde su juventud fue un hombre enamorado, apasionado de Jesucristo y de la Virgen María.

No es sólo una santidad moral la que él reclama, sino la santidad como vivencia del amor de Cristo y a Cristo y su traducción al entorno en que cada uno se desenvuelve.

Por eso enseña que la vida de Jesús debe estar siempre presente en nuestra vida: **«Belén es el abandono; Nazaret, el trabajo; el apostolado, la vida pública... no es posible amar a la humanidad si no es desde la cruz.»**

Hijos de Dios, llamados a la santidad, imitando a Jesucristo. Trilogía para meditarla y para adaptar nuestra vida.

Camino continuo que con la fuerza del Espíritu Santo podemos y debemos vivir y que es el gran testimonio que tenemos que ofrecer a nuestro mundo.

Como el Papa Juan Pablo II ha escrito: «Jesucristo, conocido, amado e imitado». San Josemaría animaba así en una de sus homilias: **Buscarle, encontrarle, tratarle, amarle.**

4 «Rema mar adentro...»

Se lo dice el Señor a Pedro. La canonización supone un momento de gracia y de impulso a nuestra vida apostólica.

Necesitamos sentirnos urgidos por la palabra del sucesor de Pedro, el Papa Juan Pablo II, a intensificar la dimensión misionera de la fe.

Con audacia, sin presunción pero sin miedo, aceptando los riesgos y las incomodidades que encontramos en la tarea evangelizadora. Es necesario que, con motivo de la canonización de San Josemaría, nos hagamos cristianos más explícitamente confesantes de la fe, que salgamos a los caminos de la vida y con el testimonio y con las obras, anunciemos al Señor, prediquemos el Evangelio, catequicemos, hagamos todo el bien posible.

Especialmente os quiero recordar las tres tareas pastorales que en la Diócesis deseamos servir estos dos años muy especialmente: la Pastoral de la Familia, el apostolado entre la Juventud y el redescubrimiento del valor de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana.

Vivimos la fe cristiana en un mundo con crisis de valores y, especialmente, con fuerte crisis de fe. No es suficiente la queja o la protesta. Es necesario acoger en nosotros la palabra del evangelio: «Rema mar adentro».

Con valentía, fiados en Jesucristo, sintiéndonos miembros de la Iglesia, amparados por la presencia de la Virgen María, seamos más valientes apóstoles del Señor, sacerdotes y seglares, casados y célibes. Todos, en comunión, nos debemos adentrar en el mar de nuestro mundo y ofrecerles lo que tanta gente busca aun sin saberlo, el Evangelio de Jesucristo.

Las jornadas vividas en Roma con motivo de la Canonización, la Eucaristía de esta noche aquí en la Catedral y que ha congregado a tantas personas

que estamos bautizadas y llamadas a la santidad, deben servirnos para agradecer la vida de San Josémaría Escrivá y para sentir el impulso evangelizador que el Papa nos pide y los hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitan. Al mismo tiempo que es la mejor forma de potenciar la fidelidad a Jesucristo y el gusto y la alegría de creer, de amar, de responder a la palabra de Dios que nos dice, «**Sed santos...**».